

Microhistoria de la violencia en Altar, Sonora

Natalia Mendoza Rockwell

INTRODUCCIÓN

Este capítulo analiza tres grandes transformaciones que se han producido en la última década en la organización social del tráfico de drogas en el municipio fronterizo de Altar, Sonora. Esas transformaciones son la cartelización, el establecimiento de fronteras territoriales internas y la profesionalización de los narcotraficantes. Se analizan también hechos violentos emblemáticos ocurridos en el municipio para mostrar cómo se relacionan con estas transformaciones.

Esta historia local singular, en la que factores nacionales e internacionales tienen un peso crucial, merece por sí misma ser contada. Pero colocar en el microscopio uno o dos municipios y analizar con detalle lo

que ahí sucede también puede ayudarnos a poner en tela de juicio las explicaciones oficiales y mediáticas que privilegian la investigación de las organizaciones criminales como unidades relativamente aisladas y coherentes dejando de lado el análisis del arraigo social de las actividades ilícitas. Un análisis etnográfico permite precisamente dar cuenta de la complejidad de factores y relaciones sociales que intervienen en la organización del tráfico de drogas en una localidad fronteriza. Los datos y conjeturas de este capítulo están basados en la comparación de los resultados obtenidos durante ocho meses de trabajo de campo en 2005 y un mes a finales de 2011. En total, se realizaron más de treinta entrevistas formales, además de un sinnúmero de conversaciones informales, con diferentes personalidades del pueblo: funcionarios del ayuntamiento, narcotraficantes, rancheros, polleros, periodistas, viudas, curas, etcétera. En la interpretación de estas entrevistas importa no solamente la información y los datos que de ellas se pueden extraer, sino sobre todo la estructura moral y social que reflejan. Desde la perspectiva antropológica, la manera en que los actores involucrados interpretan el mundo y los procesos sociales no son un dato externo, sino la clave para entender dichos procesos.

Se analizan con detalle los resultados del trabajo del campo de 2005 en el libro *Conversaciones del desierto: cultura, moral y tráfico de drogas*.¹ Sin embargo, un dato importante para el presente capítulo es que las entrevistas de 2005 mostraban que los habitantes de Altar se sentían mucho más amenazados por la migración que por el tráfico de drogas. El sentimiento de inseguridad venía del hecho de que hubiera mucha “gente de fuera” en el pueblo. La sensación generalizada era que esas personas—migrantes, polleros, trabajadores temporales o narcotraficantes de otras regiones—no compartían muchos de los códigos de conducta de las personas del pueblo y que el anonimato o el hecho de encontrarse fuera de sus familias o comunidades les permitía transgredir normas sociales impunemente. Cuando se juzga moralmente a una persona y sus fuentes de ingreso, uno de los datos primordiales es si se trata de una persona originaria de la región, de apellido y familia conocidos o no. La gran distinción que hace el orden estatal entre transgredir o no la ley tiene poca importancia localmente, lo que importa desde esa perspectiva es si la persona respeta o no los códigos sociales comunitarios. Los resultados del trabajo de 2005 adquieren una nueva

1 N. Mendoza, *Conversaciones del desierto: Cultura, moral y tráfico de drogas*.

importancia hoy porque sugieren que la principal fuerza pacificadora del tráfico de drogas no son los dispositivos estatales, sino los controles sociales locales.

A manera de hipótesis, se podría establecer que mientras más fuerte sea el arraigo de los diferentes eslabones del tráfico de drogas a un orden comunitario, menor será la violencia. Esta hipótesis parecería contradecir el argumento de Mancur Olson según el cual la monopolización de las actividades violentas o ilegales por parte de un solo “bandido”, en lugar de muchos compitiendo, favorece la paz y el desarrollo económico de una comunidad.² El proceso de cartelización sí contribuye, confirmando la intuición de Olson, a disminuir la amenaza de los asaltantes y garantizar cierta paz para los traficantes locales. Sin embargo, este proceso también ha ido acompañado de la pérdida de injerencia de las instancias locales —ya sea de la policía municipal, de los traficantes locales, o de otras autoridades sociales— sobre la organización de los tráficos, así como de la formación de un cuerpo de profesionales locales pero leales exclusivamente a instancias regionales y por lo tanto cada vez más difícil de controlar localmente. Además, esta consolidación de un monopolio regional ha intensificado el antagonismo con otros grupos y aumentado los enfrentamientos violentos. Esta relación de las organizaciones regionales con la localidad recuerda el análisis de Charles Tilly sobre la formación del Estado,³ donde analiza la progresiva acumulación y legitimación de la violencia por un sólo grupo de control de un territorio. El Estado es el resultado no planeado de esta tendencia de los grupos a extraer recursos de las localidades y promover la acumulación de capital entre la población con el objetivo casi exclusivo de financiar sus guerras contra otros grupos. A cambio de esta extracción, el Estado ofrece protección a la comunidad de una amenaza que él mismo ha creado, y por lo tanto se acerca mucho a la figura de la extorsión.

Este capítulo comienza con una descripción somera del municipio de Altar, Sonora que tiene el propósito exclusivo de permitir al lector situar el tipo de escenario en el que se desarrollan los hechos. En seguida, se presentan a los actores colectivos, es decir, a las categorías sociales que se han constituido en torno al tráfico de drogas en la región. Así mismo, se anticipa ahí la descripción de algunos cambios recientes que

2 Olson, M., “Dictatorship, Democracy and Development”, en *The American Political Science Review*, 8, 1993, pp. 567–576.

3 Tilly, C., “War Making and State Making as Organized Crime,” en Evans, P. Rueschemeyer, D. y Skocpol, T., eds., *Bringing the State Back In*.

tienen que ver con el surgimiento de nuevos actores; concretamente los sicarios y los cobra-cuotas. En el cuerpo del capítulo propiamente dicho, se analizan uno por uno los procesos mencionados arriba y se ilustran con el análisis detallado de casos concretos.

ALTAR, SONORA

El municipio de Altar, Sonora colinda al norte con Pima County, Arizona a lo largo de cien kilómetros de frontera. Al este colinda con los municipios de Sáric, Tubutama y Atil, al oeste con el municipio de Caborca, al sur con los municipios de Trincheras y Pitiquito. La cabecera municipal se encuentra sobre el trazo de la carretera internacional México-Tijuana.

Según las bases de datos del INEGI, el municipio contaba en el 2010 con una población de tan sólo nueve mil habitantes dedicados principalmente a la agricultura, la ganadería y los servicios. La importancia de los servicios en las actividades económicas tiene que ver con el hecho de que el municipio sea un importante paso de migrantes. El paso de migrantes por el municipio comenzó aproximadamente en 1995 como consecuencia de las operaciones estadounidenses Hold the Line y Guardián.⁴ Para 2005 existían en la cabecera municipal ciento seis casas de huéspedes registradas y ocho hoteles que brindan servicio a migrantes y polleros. Según la capacidad del hospedaje y el transporte, se calculaba localmente que había un promedio de mil y mil quinientas personas de población flotante procedentes del sur de México y Centroamérica en los meses de temporada alta. Este flujo ha disminuido notablemente en los últimos cinco años y sólo una tercera parte de las casas de huéspedes siguen activas.

A continuación se muestran las tasas de homicidio por años de Altar y todos los municipios aledaños. Estas estadísticas son elaboradas por el INEGI a partir del conteo de actas de defunción.

4 Para un análisis de las consecuencias de estas políticas en la migración véase W. Cornelius, "Muerte en la frontera: la eficacia y las consecuencias 'involuntarias' de la política estadounidense de control de la migración 1993-2000", en *Este País*, 119, 2001, pp. 3-4.

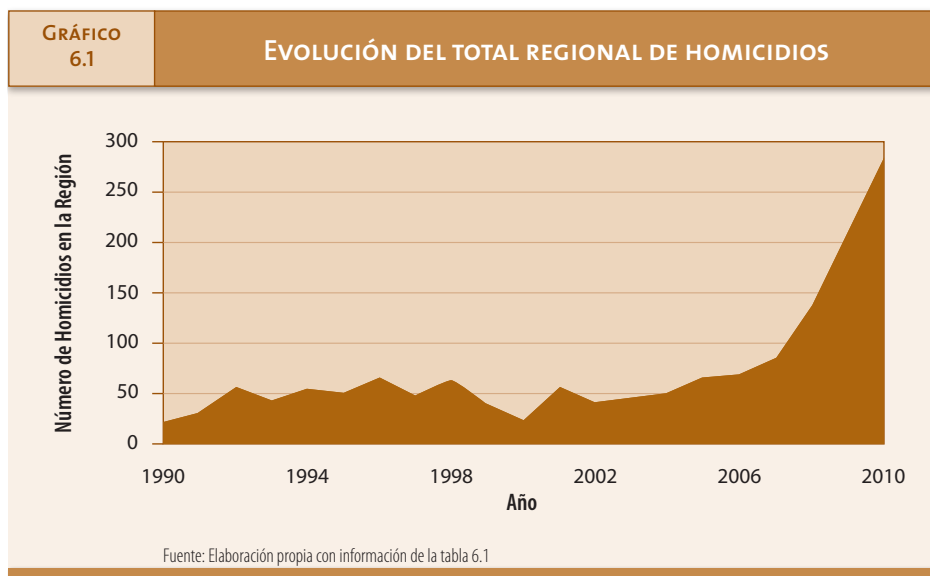


TABLA 6.1. **NÚMERO DE HOMICIDIOS POR AÑO EN LOS MUNICIPIOS DE LA REGIÓN DEL DESIERTO DE ALTAR**

	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	2010
Altar	0	2	4	2	1	0	9	12	3	10	1
Atil	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	4
Caborca	3	10	6	12	8	16	12	17	15	39	35
Nogales	19	42	28	30	34	46	37	50	110	151	219
Oquitoa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
Pitiquito	0	0	0	1	0	0	0	2	2	1	1
Santa Ana	0	1	2	2	2	1	0	1	3	4	4
Sáric	1	1	2	0	6	3	12	2	1	1	11
Tubutama	0	0	1	0	1	0	0	0	1	1	6
Total Regional	23	56	43	47	52	66	70	84	136	208	282

Fuente: INEGI

CATEGORÍAS SOCIALES DEL TRÁFICO DE DROGAS

La cadena productiva del tráfico de drogas puede extenderse desde el campesino que cultiva la droga hasta el narcomenudista. En cada punto de este proceso, en cada lugar, el narcotráfico tiene efectos distintos y produce estructuras sociales diversas. En Altar, se ha formado una gama de especialistas en diferentes aspectos del trasiego a través de la frontera internacional que saben poco del proceso de producción de las drogas y de la organización regional del tráfico. Las personas dedicadas al tráfico de drogas en Altar trabajan prácticamente como subcontratistas especializados en los servicios logísticos de contrabando. A conti-

nuación se presentan las principales categorías sociales del tráfico de drogas tal y como se les conoce en Altar y en otros municipios fronterizos predominantemente rurales.

Burreros y guías

En el punto más bajo de la jerarquía se encuentran los burreros. Se trata, salvo contadas excepciones, de hombres de entre 15 y 50 años de edad organizados en cuadrillas de diez a veinte miembros. Los burreros cargan a través de la frontera de veinticinco a treinta kilos de marihuana en costales acondicionados como mochilas. El trayecto puede durar hasta una semana, dependiendo de la ruta que se escoja y los contratiempos que se vayan encontrando en el camino. Por realizar este trabajo cada uno recibirá entre ochocientos y mil quinientos dólares. Se le llama guía a la persona que dirige cada cuadrilla de burreros. El guía es la persona que conoce los caminos para cruzar el desierto, y el encargado de tomar las decisiones en los momentos críticos. Muchas veces es también el que recluta a los burreros y el que les paga. El guía recibe un pago sólo ligeramente mayor al del resto de los burreros, alrededor de dos mil dólares por viaje.

El trabajo de guías y burreros es inestable y temporal. Durante el periodo conocido como la zafra, cuando llega la mayor cantidad de marihuana al pueblo, muchos varones prestan sus servicios como burreros. Una vez que termina la temporada se buscan otros empleos: la construcción, las labores del campo y temporadas de trabajo en Estados Unidos. Entre los burreros hay diferentes grados de profesionalización. Algunos lo hacen una o dos veces en la vida, otros logran vivir casi exclusivamente de esta actividad.

De todas las personas que viven del tráfico de drogas en Altar, los más numerosos son los burreros, pues es una actividad que requiere poca calificación y a la que se puede acceder muy fácilmente. Muchos de los burreros, al igual que los jornaleros que trabajan en los campos de uva y espárrago de la región, son migrantes. Algunos llegaron de los estados del sur de la República hace ya tiempo, aprendieron a caminar y ubicarse en el desierto y viven permanentemente en Altar. Otros vienen exclusivamente por una temporada. El hecho de que muchos sean “de fuera” contribuye a que se les excluya y se les considere como delinquentes que llegan a Altar huyendo de algo, como muestra la siguiente entrevista con un cruzador:

De los burreros, tenemos que “el colima”, que “el michoacán”, que “el oaxaca”: A toda la República tenemos aquí. Les preguntas: “¿por qué estás aquí? Y no te dicen, pero el otro te dice: “es que este mató a tal allá en su tierra”, “es que éste viene por broncas de no sé qué.” Se vienen prófugos, pues. No digo que todos, dos o tres sí se vienen sin deberla, nomás porque oyen allá en su tierra: “Hay burreada allá en Altar”, y se vienen. Pero la mayoría vienen huyendo.⁵

A pesar de esta fama, la gente de Altar tiende a indultar moralmente a los burreros de manera un tanto condescendiente. Se les ve como personas de bajos recursos que se ven obligados a hacer un trabajo muy duro, que se gastan el dinero en alcohol y drogas al poco tiempo de haber regresado de la travesía. En general, no se les relaciona con hechos violentos si no es como víctimas de los asaltantes que pueden encontrarse en el camino.

Cruzadores

Se le llama cruce o cruzador al encargado logístico de la operación de trasiego de la droga a través de la frontera internacional. El cruzador vende su conocimiento de la geografía, las personas y la situación local a un patrón del que en general se sabe poco. El trato es el siguiente: el patrón debe hacer llegar la droga al pueblo, generalmente en aviones cargados en la sierra de Sinaloa, el cruzador se encarga de organizar el desembarco del avión en alguna pista clandestina, de almacenar la droga en un lugar seguro, contratar una cuadrilla de burreros y una persona, conocida como el levantador, que recoja la droga en Estados Unidos y la lleve en automóvil a su destino final. El recurso que un cruzador local vende, el que lo distingue de los demás y le permite competir, es su conocimiento de los mejores lugares de paso y de los guías o burreros más hábiles para el cruce. En el lenguaje local, eso se traduce a un indicador: “el número de viajes que se le caen a alguien y el número de viajes que pega”. Es decir, qué tan seguido logra que la mercancía llegue a su destino. Los cruces viven de esa reputación local de eficacia. Para que un intermediario o subcontratista local pueda vender sus servicios a una red regional tiene que mantener ese conocimiento como un recurso escaso, de tal forma que sus servicios sigan siendo indispensables.

5 N. Mendoza, *op. cit.*, p.203.

Además de este servicio como subcontratistas, los cruzadores tienen a veces la oportunidad de ejercer el narcotráfico independiente. Es decir, pueden aprovechar la operación para cruzar también alguna cantidad de droga propia que compran en la región y así aumentar sus ganancias. Así lo explicó en 2005 el hijo de un cruzador:

A. ¿Ustedes invierten o trabajan para otro bato?

B. A veces. Es que hay veces que vienen uno de allá de Sinaloa o de Michoacán con mucha marihuana. Pero ellos no conocen el movimiento aquí de la frontera. Entonces ese güey llega con alguien aquí que sabe y te dice: "Tengo tantos kilos allá, necesito que me los pongas en el otro lado. Porque yo no conozco a nadie, ni sé cómo se hace el show aquí". Y ellos te la ponen aquí, en aviones. Pero tú tienes que conseguir el rancho para hacer una pista y ayudar a bajar el avión y buscar el clavo para guardar la mota, todo el rollo. El güey ese te va a pagar a 120 dólares la libra, ponle tú que mandes...

A. ¿Y él va a poner quién la recoja al otro lado?

B. Sí, eso ya le toca a él. Entonces, tú consigues caballos que la lleven de aquí a la línea, y burreros que la lleven al otro lado y un güey que la levante y la dejé donde la quiere el patrón. Eso se llama cruzador, el cruce.⁶

También sucede que a muchos intermediarios y cruzadores se les paga con droga que ellos a su vez pueden vender a algún narcotraficante independiente o traficar ellos mismos. Como veremos más adelante, es precisamente este tipo de narcotráfico independiente, con el que se habían enriquecido varias generaciones de traficantes en la región, que se ha vuelto cada vez más difícil de ejercer. Es importante notar, también, que cuando se mira de cerca eso que los medios llaman "cártel" y que se tiende a representar como una organización piramidal que controla todo el tráfico en una región, encontramos que en realidad se trata de una red sumamente dispersa constituida por muchos centros de operaciones que organizan y controlan tráficos de diferentes escalas de manera paralela.

En general, los burreros sólo tienen contacto con el patrón inmediatamente superior que es el cruzador con el que mantienen una relación

6 *Ibid.*, p. 204.

de poder clientelar y no se conciben a sí mismos como miembros de un cártel. A su vez, el cruzador hace tratos con la persona que solicita sus servicios, pero puede no conocer al resto de la organización ni concebirse como miembro de un cártel. Sin embargo, una de las cosas que ha ido cambiando es el grado de profesionalización de los cruzadores y con ello su sentido de pertenencia a una organización regional.

A partir de los casos que se han dado en Altar, es posible afirmar que los cruzadores son la categoría social más expuesta a los homicidios. Los levantones son precisamente el mecanismo interno de las organizaciones del tráfico para disciplinar y castigar a sus subordinados. Los argumentos para explicar los levantones de cruzadores que se escuchan más comúnmente en Altar son: que se robó droga de algún patrón, que estaba trabajando para varios patrones y más específicamente que le daba ventaja a la droga de uno de sus patrones, que metía a sus burreros por rutas que no le correspondían.

Es probable que no sea a este nivel de la cadena del narcotráfico donde se tomen las decisiones más importantes, pero es el que emplea el mayor número de personas, el que se encuentra más arraigado localmente, y presumiblemente en donde encontramos el mayor número de víctimas de la reciente ola de violencia. Es éste el nivel que hace falta observar para empezar a entender las dinámicas regionales de la violencia. En este sentido, un dato crucial, que se discutirá con más detalle abajo, es la transformación de las relaciones entre esta base social y las organizaciones regionales del contrabando.

Bajadores

Se conoce como bajadores a los asaltantes que abundan en los caminos que atraviesan la frontera. Los bajadores interceptan a las cuadrillas de burreros una vez que se encuentran en territorio norteamericano y les roban su carga para después venderla a otro distribuidor y así ahorrarse el costo de la mercancía y del traslado. A diferencia de otros actores, a los bajadores se les ve como faltos de toda dignidad, de todo sentido del honor, y como los culpables de que el esfuerzo de todos los demás sea en vano. Se dice que los bajadores son casi siempre de otras regiones del país, pero que muchos llevan una vida relativamente normal en Altar, pero que en el desierto se cubren la cara y se dedican a asaltar. Con frecuencia se escuchó la acusación por parte de gente de Altar de que son los sinaloenses los que llevaron al pueblo este tipo de prácti-

cas deshonrosas, o dicho de otra forma, los que “andan chueco en lo chueco”. En la siguiente entrevista, un muchacho que está en contacto constante con polleros y burreros como parte de su trabajo lo explica:

Yo tengo una imagen muy negativa de la gente de Sinaloa [...] Por lo menos de los que llegan aquí a Altar y que se dedican a lo que se dedican. Te puedo decir que es la gente que ha venido a manchar Altar, que ha venido a poner a Altar en una situación muy delicada, ¿por qué? porque ellos han venido a aprovecharse del narcotráfico y a hacer un robo al mismo narcotraficante. Y ellos mismos son los que se dedican a robar gente [emigrantes] o a estafar gente [emigrantes]. Porque son sinaloas, o al menos eso nos hace notar la estadística, de que cada vez que oyes: “Un pinche sinaloa me chingó”, “Un sinaloa, un sinaloa que se chingó a la gente.” [...] Pueden robar la marihuana de otros batos, eso es lo que hacen los de Sinaloa y les vale madres.⁷

Un dato importante para este relato es que la presencia de bajadores en el desierto tiene un periodo bien delimitado: empezó a oírse de ellos a finales de los noventa, para 2005 eran ya la amenaza más fuerte para todos, y ya en 2011 se escucha rara vez hablar de ellos. Hace siete años, todas las personas directa o indirectamente relacionadas con el tráfico tanto de migrantes como de drogas se quejaban de los bajadores, hoy se habla menos de ellos. Una hipótesis sobre esta transformación es que la proliferación de sicarios y puntos contratados permanentemente por organizaciones regionales fue una respuesta al peligro de los bajadores que se ha logrado contrarrestar.

Cobra-cuotas, puntos y sicarios

Uno de los cambios importantes producidos en la última década ha sido el surgimiento y proliferación de tres categorías sociales nuevas.

Los cobra-cuotas son personas empleadas por las organizaciones dedicadas al tráfico de drogas para recolectar la tarifa que debe pagar cada migrante indocumentado por utilizar el camino que une la cabecera municipal con la frontera internacional. Ésta es una tarifa adicional a la que de por sí se le paga al pollero por sus servicios. Cada vez que se embarca una camioneta con migrantes que se dirigen del pueblo a la frontera, el chofer o el guía tiene la obligación de recolectar esta cuota y

7 *Ibid.*, p.208.

entregarla al cobra-cuotas con un registro exacto del número de personas que transporta y su nacionalidad. Esta última es importante porque las cuotas son diferenciadas según se trate de mexicanos, centroamericanos u otros extranjeros. A su vez, el cobra-cuotas le proporciona al chofer una clave que deberá presentar en caso de que lo detengan otros miembros de la organización a lo largo de la ruta. El cobra-cuotas entrega el registro y el dinero recolectado al "dueño de la plaza", apodado el Paletero, quien a su vez trabaja en colaboración con los capos que controlan el tráfico de drogas en la región desde la ciudad de Caborca, presumiblemente con la anuencia y protección del cártel de Sinaloa.

Los puntos son en su mayoría jóvenes, a veces menores de veinte años, que se encargan de vigilar todas las vías de acceso y otros puntos estratégicos. Se les da un radio, uno o dos teléfonos celulares, algunas veces algún tipo de arma y una pequeña paga. Algunos de ellos se encargan de interceptar las camionetas cargadas de migrantes en el camino hacia la frontera para verificar que el número y nacionalidad de los pasajeros que se reportó sea el correcto y que nadie se libere de pagar la cuota. Otros están arriba de los cerros vigilando la entrada de automóviles desconocidos y de autoridades estatales y federales. Este oficio ya existía hace más de diez años, la diferencia es que antes se trataba de un trabajo esporádico que consistía en vigilar caminos en los momentos en que se está transportando la droga para reportar cualquier contratiempo. La gran diferencia es que hoy día los puntos vigilan de manera permanente las entradas del pueblo y los principales caminos. Es decir, forman parte de la nómina permanente de las organizaciones regionales. La sensación que tienen las personas de Altar de estar siendo permanentemente vigiladas por los puntos, no se tenía en 2005, comenzó aproximadamente en 2009 y, como se verá, tiene qué ver con los conflictos entre grupos asentados en municipios vecinos.

Finalmente, uno de los cambios más importantes suscitados en Altar de los últimos cinco años es el surgimiento de la categoría de los sicarios. Es importante señalar que el hecho de que ahora se designe a un grupo concreto de hombres como "los sicarios" no implica que antes no haya habido asesinos a sueldo, ni tampoco que los hoy llamados sicarios en Altar correspondan plenamente con la imagen mediática de un sicario. Eso mismo explica un miembro del Ayuntamiento:

Aquí se confunde con sicarios a todos los Pérez y Gómez [dos apellidos locales]. A todos los que andan con el Quince. Sí andan armados y sí andan empecherados, pero muchos de los morros a los que les dicen sicarios son los que cobran las cuotas, son los mandaderos, pues. Sí hay sicarios de verdad, pero en Caborca. Cuando el Quince ocupa un pedo grueso hace una llamada y vienen los meramente sicarios de Caborca. Los de aquí andan encuernados, pero sicarios de los que vienen a matar los traen de Caborca. Ahora todo mundo tiene sicarios, antes no se oía de eso. Ahora sí: "Quieres ser narco, puto, ya sabes a lo que te atienes". También es porque muchos ya tienen miedo de que los levanten y traen sicarios para que los anden cuidando a ellos. Es seguridad personal. Pero también andan resguardando un chingo de mota. Antes no se meneaban esas cantidades de mota por aquí, ahora necesitan mucha vigilancia.⁸

De todas las categorías sociales, la de los sicarios es quizá la más difícil de definir. Se trata en general de jóvenes armados, algunos originarios de familias humildes de Altar y otros provenientes de estados del sur de la República asentados temporalmente en la frontera. Algunos de ellos han formado parte de corporaciones policiales. A partir de los rumores y especulaciones que circulan en Altar, no es sencillo inferir exactamente qué hace un sicario. La categoría de "sicario" oculta una gama de actividades que se ubican en el límite entre la seguridad privada y la seguridad comunitaria. Los sicarios actúan como el cuerpo armado que se encarga de que se paguen y respeten las cuotas, pero también son una forma de seguridad privada en la medida que brindan protección física y vigilancia a algunos narcotraficantes. Incluso puede interpretarse la existencia de sicarios como una especie de defensa local contra grupos antagónicos ubicados en otros municipios que se encargan de vigilar que se respeten fronteras establecidas recientemente.

TRANSFORMACIONES RECIENTES

Una vez descritos los actores locales del tráfico de drogas, pasamos al análisis de los procesos sociales que se han desarrollado en la última década y su relación con el aumento de la violencia en la región.

8 N. Mendoza, Entrevista inédita, 10 de diciembre 2011.

Cartelización

Entre 2005 y 2011 se suscitó una serie de cambios que se puede describir como un proceso paulatino de cartelización. Con cartelización nos referimos a dos transformaciones paralelas en el tráfico de drogas. En primer lugar, al proceso de concentración del tráfico en una sola organización regional que desplaza a los traficantes independientes y las organizaciones de traficantes locales. En segundo lugar, al sentido de pertenencia a una organización que se registra entre las personas de cada eslabón del tráfico, por ejemplo, entre burreros, cruzadores, o sicarios. Si bien es cierto que los periodistas y expertos que estudian el narcotráfico desde la perspectiva nacional han hablado de cárteles desde hace por lo menos cincuenta años, en Altar, hasta hace unos cuantos años, se sabía de los cárteles exclusivamente lo que se escuchaba en las noticias de la televisión. Incluso en el presente, los conflictos y la violencia entre diferentes grupos se leen en primer lugar como antagonismo entre organizaciones locales—los Jabalines, los Paleteros, los Gilos— y rara vez se remiten a la competencia entre cárteles.

La medida de cartelización del narcotráfico en una localidad determinada es importante porque permite entender otras cosas sobre la relación que se establece entre una comunidad y el tráfico de drogas. Por un lado, se puede argumentar que mientras más directo sea el control de las organizaciones regionales, menos efectivos los controles comunitarios contra la violencia, el consumo de drogas y otras transgresiones sociales. Tradicionalmente, los traficantes independientes o semiindependientes han sido originarios de Altar donde se les conoce como miembros de alguna familia. Esto quiere decir que se les identifica bien, que son vulnerables a la reprobación social en caso de actuar de mala forma y que son partícipes de una red de confianza y lealtad local. Por otro lado, un tráfico ordenado y controlado por una organización regional puede tener el efecto positivo de desalojar los conflictos del nivel comunitario. Importa, por lo tanto, intentar comprender cómo una serie de decisiones gubernamentales propician o inhiben la cartelización.

En las entrevistas que se realizaron en 2005 con cruzadores,⁹ se percibe más bien un sentido de independencia respecto a las grandes organizaciones. El cruzador se concebía a sí mismo como subcontratista y como empresario independiente. Buscaba convertirse en el contacto local indispensable para un “patrón poderoso”, pero no se identificaba

9 N. Mendoza, *op. cit.*, pp. 205–208.

él mismo como miembro de una organización regional. Se retoma como ejemplo las palabras del hijo de un cruzador de Altar:

- A. Entonces cada quien trabaja por su lado, ¿o hay cárteles y plazas?
B. No sé, dicen que el Chapo Guzmán es el que tiene la plaza en Caborca. Entonces debe de haber cientos de células en Caborca que trabajan para el mismo.
- A. ¿Entonces el patrón de tu papá tiene a su vez un patrón?
B. Ese patrón de mi papá podría estar asociado con el Chapo.
- A. ¿Ustedes no averiguan: tanta mota y vámonos?
B. No, para qué chingados averiguas, mejor ni saber.¹⁰

Los grandes nombres del narcotráfico tienen hasta la fecha una existencia tan mítica como en el resto de México. Si acaso, los adultos, los que llevan más tiempo en el narcotráfico, hablan como si tuvieran información interna, como si supieran más que el resto de las personas y que los noticieros, pero es fácil notar que esa especie de ostentación cumple la función de asentar el poder local del que habla, aunque no exista realmente tal conexión con los grandes capos. El poder de esos personajes —del Chapo Guzmán o de los Arellano Félix, o quien sea— es una especie de bien público, con el que se pueden investir muchos otros, es un recurso simbólico del que otros pueden capitalizar. Muchos pueden llegar a sentirse parte de la intimidad de ese poder. Se continúa con la misma entrevista de 2005:

Si yo te contara algo, si te contara que llevó mi papá un cargamento de cocaína, ¡de cocaína, no mames! Hace mucho, yo tenía unos trece años, estaba en sexto de primaria, cuando teníamos rancho y todo. Un cargamento de cocaína de Caro Quintero. ¡Y estuvo en mi puta casa, no me la vas a creer, afuera, afuera! No sé si fue Rafael o cuál, pero ese bato tiene ranchos, tiene tierras aquí cerca. Yo me acuerdo, un señor canuzco era él. Y mi papá todavía lo platica y me lo platica. Es la única vez que trabajó con él.¹¹

10 *Ibid.*, p. 206.

11 *Ibid.*, p.207.

En los últimos años, los cruzadores han ido perdiendo la libertad de trabajar con varios patrones que solían tener. Cada vez es más común que los levantones de cruzadores se interpreten como un castigo por haber “trabajado con varios patrones”. Por su parte, las organizaciones locales que se dedicaban al tráfico de drogas de manera independiente han tenido que buscar la protección de las organizaciones regionales o salirse del negocio. Esto se explica localmente acudiendo a tres causas principales: la privatización de las rutas de acceso a la frontera, el aumento del costo de las cuotas destinadas a comprar la protección de autoridades, y el aumento de los costos de operación por el peso de la nómina y el equipo armamentístico.

Ahora bien, la cartelización también es consecuencia de un proceso más amplio que rebasa el campo estricto del tráfico de drogas. Para 2005, Altar se encontraba en los años de mayor flujo de migrantes indocumentados. La economía del municipio se transformó radicalmente en los diez años que van de 1995 a 2005: proliferaron las casas de huéspedes, los hoteles, las casas de cambio, los taxis, las camionetas de transporte a la frontera etcétera. La derrama económica de la migración ilegal en el municipio no sólo fue presumiblemente mayor a la del tráfico de drogas, sino que se distribuyó de manera más amplia entre diferentes sectores de la población. La convivencia entre narcotraficantes y polleros en 2005 empezaba a volverse tensa. La migración atrajo la atención de los medios y las autoridades al municipio y complicó las operaciones del tráfico de drogas. La migración es mucho más vistosa, deja demasiadas señales en las brechas: huellas, basura, fogatas, muertos. Finalmente, a la competencia entre narcotraficantes y polleros por el uso de las rutas se sumó la amenaza de los bajadores que asaltaban lo mismo a unos que a otros.

La respuesta de las organizaciones regionales de tráfico de drogas fue aprovechar su superioridad armamentística para imponer a los migrantes una cuota por el uso de las rutas y llevar un control estricto de los flujos tanto de droga como de personas. De tal forma que en la temporada de zafra—cuando llega la mayor cantidad de marihuana al pueblo—se restringe el paso de migrantes para que cruzadores y burreros puedan operar con mayor agilidad. Ésta es una de las transformaciones más significativas de los últimos años a nivel local. Es el primer caso que se da en la región en el que las redes del narcotráfico parasitan otra actividad económica a través de un control territorial que se mantiene

con amenazas físicas y castigos ejemplares. Otras formas de extorsión, comunes en otros lugares de la República, no se ejercen hasta la fecha en Altar. Imponer este cambio implica un aumento notable en el personal con un sueldo permanente—la famosa “nómina” del narcotráfico—que se encarga de vigilar y exigir las cuotas. Como se mencionó antes, la persona que concentra las cuotas, conocida como el Paletero, no es originaria de Altar ni reside en el pueblo sino en la vecina ciudad de Caborca. Así lo explica el dueño de una casa de huéspedes para migrantes:

El Paletero es de Caborca. Ese bato movía mota igual que todos, que los Páez y los Beltrán de Caborca, pero no se sabe exactamente quién le asignó a él el poder de encargarse totalmente de los pollos en la región, desde Sásabe hasta Sonoyta. Algunos dicen que fue el mismo gobernador. La cosa es que los pollos empezaron a afectar al narcotráfico, sobre todo cuando aquí empezaron a llegar diferentes corporaciones de mafiosos a delimitar su terreno, los pollos les calentaban el terreno. Por ejemplo, decían: “Entraron dos cuadrillas, nos cayó la migra, venían por los pollos, pero nos vieron a nosotros y nos atoraron”. Entonces, a partir de 2007 se empezaron a cobrar las cuotas, al principio era muy desorganizado, pero ahora no se les va un pollo sin pagar la cuota. Con esa cuota que cobran a cada migrante se pagan puntos que velan las 24 horas del día y vigilan si vienen judiciales, federales, soldados. Los puntos cuidan tanto al narcotráfico como a los migrantes. Si la judicial atora a la gente [migrantes] en el camino, uno le habla directamente a ellos, y como uno paga cuota, ellos vienen y se encargan de arreglarse con la judicial.¹²

Esta iniciativa de “la mafia” de cobrar cuotas y regular el tráfico de migrantes tiene dos aspectos importantes. En primer lugar, implica una explotación de recursos locales por parte de instancias regionales. Las personas que se dedican a brindar servicios de hospedaje y transporte a los migrantes saben que el hecho de que existan cuotas va contra sus intereses, pues aunque no la pagan ellos mismos, las cuotas disuaden a migrantes y polleros de elegir Altar como lugar de paso. Además, la imposición y ordenamiento de las cuotas por parte de “la mafia” de Caborca ha coincidido con la erradicación paulatina de las cuotas que la policía municipal de Altar solía exigir a migrantes y polleros. El control

12 N. Mendoza, Entrevista inédita, 13 de diciembre de 2011.

del ayuntamiento contra la extorsión a migrantes por parte de la policía municipal es cada vez más efectivo: tienen órdenes de no molestarlos. El ayuntamiento ha renunciado a esa forma de extracción de recursos y lo ha dejado en manos de la mafia. En segundo lugar, implica que tanto las personas dedicadas a brindar servicios a migrantes como las organizaciones criminales tienen que desarrollar capacidades administrativas propias de un Estado. No sólo reclutan una cantidad considerable de "personal", compuesto principalmente por puntos, sicarios y cobra-cuotas y llevan registro detallado del flujo diario de personas, sino que han tenido que aprender a distinguir a los migrantes mexicanos de los centroamericanos y por consiguiente a ejercer la función de autoridades migratorias. Equivocarse puede ser muy costoso. Así lo explican:

Yo me tengo que hacer responsable de saber y reportar cuántos mexicanos van y cuántos centroamericanos, cuántos chocos como les dicen aquí. Porque ya en terreno ellos paran la camioneta y le preguntan a cada persona de dónde es, quién es el presidente de México, etcétera. Si entre los que uno reportó como mexicanos ellos encuentran un centroamericano la bronca es para mí, porque yo tenía que reportarlo bien a ese muchacho. Si un muchacho me pagó como centroamericano, y yo lo reporto como mexicano para clavarme la diferencia es una bronca que no se acaba.¹³

A este proceso de cartelización se puede atribuir parte de la violencia que se ha desatado en el municipio, aunque en realidad la imposición de cuotas ha encontrado poca resistencia por parte de la gente de Altar dedicada al negocio de la migración y su costo en violencia ha sido relativamente bajo. En 2007, cuándo se buscaba imponer las cuotas a todos los transportistas de migrantes, se dio el caso de que se quemaran varias camionetas de choferes que se resistieron a rendir cuentas. Un caso emblemático fue el de Brígido, un chofer de camionetas para transporte de migrantes:

El caso de este muchacho Brígido: famosísimo aquí en el pueblo. Me neaba muchísima gente hacia la frontera. El bato vivía aquí en el pueblo, en el Ejido 16 de Septiembre, pero ese bato empezó a llevarse los pollos para allá para la frontera sin permiso de los cobra-cuotas, pero él

13 Idem.

sí cobraba las cuotas, nomás que no las reportaba. O tal vez reportaba, pero no reportaba lo que llevaba, reportaba menos. En aquel tiempo no estaba tan estricta la cosa, no había retenes, si acaso te ponían un punto en el camino. Pero una vez sí le tocó que le revisaron la camioneta y no le encontraron lo que había reportado, llevaba más gente que no había reportado. Y lo levantaron ahí en su casa, lo mataron luego, luego y lo tiraron ahí en la carretera, cerquita.¹⁴

Además de estos casos concretos de castigo ejemplar que sirvieron el propósito de establecer un nuevo orden, la cartelización tiene un efecto indirecto en las tasas de violencia por la simple razón de que existe ahora un grupo de hombres armados —puntos, cobra –cuotas y sicarios— que no se somete a la autoridad de la policía municipal, consume drogas y se involucra en riñas entre sí.

ESTABLECIMIENTO DE FRONTERAS INTERNAS

De manera paralela al proceso de cartelización, se ha producido un cambio en la relación de los narcotraficantes, y de los habitantes en general, con el territorio. Este cambio puede describirse como un proceso de establecimiento de fronteras y restricciones del paso donde antes existía la libre circulación. Además de la frontera internacional México–Estados Unidos, alrededor de la que se orienta prácticamente la totalidad de la actividad económica del municipio, existe por un lado la delimitación entre las rutas utilizadas por grupos de narcotraficantes afines, y por el otro la frontera que divide los territorios ocupados por grupos de narcotraficantes enemigos. La historia reciente del establecimiento de dichas fronteras explica gran parte de la violencia que se ha vivido en la región.

En un municipio fronterizo como Altar, el recurso local más valioso son las rutas de acceso a la frontera internacional y los puntos de paso transfronterizo más aptos para el tráfico ilegal: los menos vigilados, los de acceso más ágil. El valor de una ruta específica fluctúa constantemente. En un momento dado, cierto paso puede funcionar muy bien porque está poco vigilado, pero a medida que se vuelve exitoso empieza a saturarse hasta que el tráfico es tal que atrae la atención de las autoridades y los asaltantes y la ruta empieza a perder seguridad. A este proceso se

14 *Idem.*

le conoce localmente como "calentar la ruta". El primer aspecto de la formación de fronteras internas puede describirse como una paulatina privatización de esas rutas de acceso a la frontera internacional.

Hasta hace algunos años, los cruces y guías de polleros gozaban todavía de una relativa libertad de circulación en lo que se conoce como "el desierto", es decir, el área de ranchos y ejidos que se extiende de la cabecera municipal a la línea fronteriza. A medida que fue aumentando el flujo de personas y drogas por el municipio, el acceso a la frontera que era en principio un recurso público se fue privatizando. De tal forma que hoy día cada ruta tiene su "dueño", que en algunos casos es efectivamente el dueño de los ranchos que colindan con la frontera y en otras es simplemente el que controla el tráfico a través de cierta propiedad. Eso quiere decir que nadie puede utilizar esa ruta a menos que le haya pagado una cuota o que haya sido apadrinado por él. Es decir, aquel espacio abierto e indiferenciado que en 2005 se llamaba "el desierto" se ha convertido en un tablero con numerosas fronteras internas; si un cruzador utiliza una ruta sin permiso también arriesga su vida.

El hecho de que toda la región fronteriza que se extiende de Altar a Sonoyta se sepa en principio controlada por el cártel de Sinaloa no debe interpretarse como que en ese territorio existe la libre circulación para los todos los que trabajan bajo el paraguas del cártel de una forma u otra. Incluso dentro de una organización regional de ese estilo hay un sinfín de fronteras internas y conflictos territoriales cada vez más agudos. Es decir, un cártel es una organización mucho más fragmentaria de lo que se deja ver en los medios, es un aglomerado de miembros que trabajan con diferentes grados de independencia y que compiten entre sí por una serie de recursos. Cada una de las rutas de Altar ha sido tomada por un patrón y los cruzadores locales se ven en la necesidad de aceptar esa situación. Hay cruzadores que han sido levantados por utilizar una ruta ajena. Nuevamente, este proceso se puede leer como una lucha entre fuerzas regionales y locales por el control de un recurso municipal puesto que la mayor parte de los "dueños" de las rutas son capos que no viven en Altar pero que han logrado imponer su control en la localidad.

El segundo tipo de frontera interna que se ha producido coincide a grandes rasgos con divisiones municipales y se parece más a un frente de guerra. Desde por lo menos principios de 2010, los municipios de Sáríc y Tubutama están controlados por un grupo de narcotraficantes co-

nocido como los Gilos, que es antagónico a los otros dos grupos fuertes y aliados de la región—los Paleteros de Caborca y los Jabalines de Santa Ana. Las versiones locales más arriesgadas explican que el conflicto es resultado de que los Gilos no forman parte del cártel de Sinaloa sino que estarían asociados con los Zetas. Sin embargo, se debe tomar con un grano de duda la identificación de los Gilos con los Zetas puesto que las pruebas que se aducen para establecer está conexión son más bien frágiles. Se dice, por ejemplo, que son Zetas porque se ha visto circular a sicarios que tienen el aspecto característico de la gente del sur de la República.

Vale la pena analizar con detalle la historia de este conflicto, y de la división geográfica y la violencia que ha producido. El municipio de Sáríc servía de acceso a la frontera a narcotraficantes operando desde Santa Ana y desde Caborca a quienes los habitantes del municipio prestaban sus servicios como cruzadores. Parece ser que en algún momento los Jabalines de Santa Ana, que trabajaban en colaboración con varios cruzadores originarios de Sáríc, decidieron excluir del municipio a Gilo, otro cruzador local que trabajaba para otros grupos. Después de haber sufrido la muerte de su familia, Gilo salió del municipio y estuvo desaparecido por un año. Se dice que durante su exilio se alió con un grupo de narcotraficantes que operaba en Nogales, Sonora, que se identifica como Zetas. Con esta nueva fuerza, regresó a Sáríc, retomó el control de municipio y echó del municipio a toda persona asociada con otro grupo. El 2 de julio de 2010 se dio un enfrentamiento, en el que murieron más de veinte personas, en Tubutama entre estos grupos antagónicos. Ése fue el último intento de los Paleteros y Jabalines por recuperar el acceso a la frontera vía Sáríc. A partir de este momento, prácticamente se cerraron las vías de acceso a los municipios de Sáríc y Tubutama que quedaron aislados. Los enemigos de los Gilos se han encargado de que no entre ni gasolina ni abasto a esos municipios y la gran parte de los homicidios reportados en la región en los últimos dos años resultan de algún acto de transgresión de esta frontera interna.

Profesionalización

El tercer proceso es consecuencia de los anteriores y se ha ido anticipando a lo largo de este capítulo. Con profesionalización nos referimos a la formación de un cuerpo de empleados del narcotráfico con un sueldo fijo y una serie de tareas que excluyen otras actividades económicas.

Parafraseando la famosa fórmula de Max Weber, podría decirse que la profesionalización de estas categorías consiste en el cambio de vivir para el tráfico de drogas a vivir del tráfico de drogas.¹⁵

El contrabando ha desempeñado un papel importante en la región desde hace por lo menos tres generaciones, los viejos cuentan historias de traficantes famosos. Pero en esas historias y en las que conocimos hace veinte años, el narcotráfico aparece como una actividad económica esporádica que se combina con otras, una especie de aventura por la que pasaba casi cualquier hombre en algún momento de su vida. En esa tradición de narcotráfico independiente, las ganancias dependían del éxito de la operación. Lo que es nuevo es el hecho de que exista una "nómina" mantenida permanentemente por los grupos dedicados al tráfico de drogas: una especie de burocracia compuesta por puntos, cobra-cuotas y sicarios.

Esta profesionalización coincide además con la entrada de una nueva generación de jóvenes al negocio. Se analiza el caso más emblemático a modo de ilustración. En 2011, la persona conocida como el líder de todos los sicarios y cobra-cuotas, la mano derecha del Paletero en Altar, es un muchacho de 22 años conocido como el Quince. El Quince es hijo de una familia humilde originaria del pueblo, empezó su carrera como chofer de camionetas de migrantes, después fue ascendido a cobra-cuotas y terminó imponiéndose como sicario. Así cuentan su historia:

Cuando el Quince era un plebita, y su hermano era el chofer de la Van, me bajaba dinero cada vez que podía. No eran nadie los morros. Cuando los morros empezaron a crecer yo no medí el peligro y me seguí acoplado con ellos. Un día llegó el Quince ensangrentado, con el carro chocado, no era nadie todavía. Resulta que los batos de la comida china de Caborca mueven gente. Ahora, si quieres mover un chino, el Paletero lo mueve directamente. Nadie aquí tiene derecho a mover un chino. Entonces un día le avisaron al Quince que un bato se los andaba brincando, que se metió con unos chinos hacia la frontera. Fue el Quince allá, y se agarró a balazos con los polleros, les quitó los chinos

15 Así explica el autor la diferencia: "Vive 'de' la política como profesión quien trata de hacer de ella una fuente duradera de ingresos; vive 'para' la política quien no se halla en este caso. Para que alguien pueda vivir 'para' la política en este sentido económico, y siempre que se trate de un régimen basado en la propiedad privada, tienen que darse ciertos supuestos, muy triviales, si ustedes quieren: en condiciones normales, quien así viva ha de ser económicamente independiente de los ingresos que la política pueda proporcionarle". (Weber, M., *El político y el científico*.)

y se los entregó a los patrones. Ahí empieza la leyenda del Quince. El Quince, cuando mata festeja. Pide salud, y todos los morros le siguen el rollo. Ya pedo alucina, empieza a golpear a sus amigos.¹⁶

Una característica importante de este nuevo tipo de empleado de las organizaciones de narcotraficantes es que el desempeño de su trabajo termina por escindirlo de la vida comunitaria. En repetidas ocasiones se contaron historias sobre algún intento infructuoso de parte del Quince y su gente por participar en algún evento social. A modo de ilustración, un día se reunieron todos los egresados de la secundaria del pueblo de la generación del Quince, él llegó al evento, con las armas, los autos, las pecheras y todo el despliegue que lo acompaña, quiso bailar con una muchacha, que se negó, y pronto se dio cuenta de que su presencia en el lugar incomodaba a todos los presentes. Parecería una nimiedad, pero es un cambio significativo que contrasta con la figura tradicional del narcotraficante local que gozaba de cierto prestigio.

Este grupo de jóvenes son leales a una organización regional y ejecutan sus órdenes en el municipio, con ese fin se ven en la necesidad de amputar una serie de vínculos familiares y comunitarios, y por consiguiente son cada vez más inmunes, por decirlo de algún modo, a los controles sociales comunitarios contra la violencia. Con controles comunitarios se refiere a la influencia que pueden tener sobre las decisiones de estas personas las autoridades familiares, escolares, religiosas o simplemente la presión social. Como ejemplo de cómo pueden operar esos controles se retoman las palabras de esta maestra de secundaria sobre su relación con el Quince:

Era un muchacho inquieto, flojo, batallábamos mucho con él, pero pues era un niño normal. Era flojo y travieso, pero nunca creímos que iba llegar a esto. Y me da tristeza decir que estuvo en mis manos y que no hice nada. Y no porque no quise, sí quise. Él era un muchacho que se acercaba mucho a mí, yo platicaba mucho con él, le mandaba hablar a su mamá. Le hicimos la lucha, pues. Pero la verdad que yo nunca creí que iba llegar a tanto. Lo veo en la calle y a veces me saluda y a veces no me saluda, la mayoría de las veces no. Se agacha. Yo le busco la mirada, yo no le rehúyo, yo tengo ganas de platicar con él: a ver qué dice. Yo tengo mucha curiosidad de saber por qué llegó a tanto. Andan

16 N. Mendoza, Entrevista inédita, 16 de diciembre 2011.

todos los hermanos metidos en eso, pero ni siquiera han hecho mucho dinero, siguen siendo una familia humilde.¹⁷

Una de las grandes diferencias entre la situación de 2005 y la del presente en Altar es que antes se interpretaba todo acto de violencia como generado por “personas de fuera”. Prácticamente cualquier caso de homicidio conllevaba la acusación de una persona de Sinaloa como la victimaria. La sensación era que la violencia y el peligro venían del sur de la República y que no podía emanar de la localidad misma donde la gente se veía a sí misma y a sus vecinos como “gente buena”. En el presente, hay una progresiva ruptura de esos lazos de confianza comunitarios, un creciente sentimiento de extrañamiento y sospecha con respecto a las personas del pueblo. El Quince personifica esa ruptura de una generación de jóvenes de bajos recursos con respecto al orden moral local, una ruptura incompleta. Se le reconoce todavía como un hijo del pueblo, se conoce a su familia, la maestra lo recuerda con cierta compasión y arrepentimiento por no haberlo ayudado en su momento, le busca la mirada y trata de hacer efectiva su autoridad moral sobre el joven. Él ha transgredido códigos locales fundamentales, pero al mismo tiempo no parece haberse resignado a perder sus vínculos con el orden social del que decidió escindirse.

CONCLUSIONES

En este capítulo se analizaron tres grandes transformaciones suscitadas en el municipio fronterizo de Altar, Sonora, que tienen en común el hecho de implicar una nueva definición de las relaciones entre fuerzas locales, regionales y nacionales de control del tráfico de drogas. En este reacomodo, las instancias locales, tanto formales como informales, han ido perdiendo capacidad de organizar y pacificar el tráfico de drogas. No sólo los habitantes del municipio han perdido el control territorial de las rutas que unen la cabecera municipal con la frontera y se ven en la necesidad de pedir autorización para usarlas, sino que en lugar de trabajar como subcontratistas y lograr mantenerse más o menos al margen de los conflictos entre cárteles y grupos, se han tenido que volver asalariados de las grandes organizaciones y desarrollar un sentido de

17 N. Mendoza, Entrevista inédita, 14 de diciembre de 2011.

pertenencia a éstas. Por su parte, las organizaciones regionales extraen “cuotas” y recursos locales a cambio de regular los flujos de droga y migrantes, negociar con las autoridades estatales y enfrentarse con “los enemigos” de Sáric. Como en el análisis histórico de Charles Tilly sobre la formación del Estado, los sicarios de Altar cumplen la doble función de extraer cuotas, administrar de flujos y “defender” a la comunidad frente a grupos externos que se han convertido en amenaza como resultado del mismo proceso.

Es difícil establecer el momento exacto en que estas transformaciones empezaron a gestarse, pero lo cierto es que en 2005 todavía no era posible anticiparlas. Estas transformaciones coinciden temporalmente con el alza en la tasa de homicidios en el municipio, lo cual podría sugerir una relación causal, tal y como se establece en la hipótesis inicial, entre la cartelización y profesionalización del tráfico de drogas en el municipio y el aumento en la violencia. Esta hipótesis coincide con las explicaciones de las personas de Altar que tienden a asociar la violencia con la llegada de “la mafia de otras partes” y concretamente de Sinaloa.

Ahora bien, una pregunta que es crucial plantearse es si estas transformaciones son el resultado de procesos de mediana duración internos a la organización local y regional de las actividades ilícitas o de cambios coyunturales en las políticas nacionales e internacionales en materia de narcotráfico y control de las fronteras. Un dato que refuerza la idea de que estos procesos fueron provocados por factores coyunturales externos es el hecho de que la violencia se haya desatado de manera casi simultánea en diversas regiones del país.¹⁸ Sin embargo, en las entrevistas y otras observaciones de campo en el municipio de Altar, Sonora la relación entre estos cambios y el endurecimiento de la política nacional contra el tráfico de drogas se establece muy rara vez, aunque sí hay quienes mencionan el aumento de vigilancia en las fronteras como el factor clave en la explicación del desplazamiento de los traficantes independientes. Abordar esta pregunta a partir de una investigación etnográfica profunda es fundamental para atribuir las responsabilidades de la violencia y pensar en los posibles efectos de las políticas nacionales de control del narcotráfico.

Una aproximación etnográfica permite mostrar que las dinámicas locales y regionales, que por definición son singulares, son clave para la comprensión del tráfico de drogas y la violencia como fenómenos

18 F. Escalante, “Homicidios 2008–2009. La muerte tiene permiso”, en *Nexos*, 2011.

sociales complejos. La serie de procesos sociales que han producido la violencia en Michoacán, por dar un ejemplo, no pueden verse como equivalentes a los de Sonora sin que se corra el riesgo de reducir toda explicación a una generalidad u abstracción carente de relación con la realidad local u regional. Incluso en el contexto de la región del noroeste del país, el caso de Altar es singular por tratarse de un municipio fronterizo rural donde coincide un alto flujo de migrantes y de drogas. Los municipios rurales aledaños de Sáric y Tubutama, por ejemplo, no cuentan con la entrada de recursos de la migración ilegal.

A pesar de estas diferencias, el análisis detallado de un caso, puede ayudarnos a enriquecer nuestras hipótesis para el estudio de otras regiones. De los procesos que se analizan en este capítulo hay algunos, como el cobro de cuotas a migrantes y narcotraficantes por el uso de las rutas transfronterizas, que están íntimamente ligados a una situación geográfica particular, pero hay otros, como la profesionalización de los categorías más bajas del tráfico de drogas, que probablemente se han producido de manera simultánea en muchas regiones del país.

BIBLIOGRAFÍA

- CORNELIUS, W., "Muerte en la frontera: la eficacia y las consecuencias 'involuntarias' de la política estadounidense de control de la migración 1993–2000", en *Este País*, 119, 2001, pp. 3–4.
- ESCALANTE, F., "Homicidios 2008–2009. La muerte tiene permiso", en *Nexos*, 2011.
- MENDOZA, N., *Conversaciones del desierto: Cultura, moral y tráfico de drogas*, México, CIDE, 2008.
- MENDOZA, N., Entrevistas inéditas realizadas en Altar, Sonora, diciembre de 2011.
- OLSON, M., "Dictatorship, Democracy and Development", en *The American Political Science Review*, 8, 1993, pp. 567–576.
- TILLY, C., "War Making and State Making as Organized Crime," en Evans, P. Rueschemeyer, D. y Skocpol, T., eds., *Bringing the State Back In*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 169–192.
- WEBER, M., *El político y el científico*. México, Colofón, 2007.